

CUENTO CON COMEZÓN

De Santiago Serrano

santiagoms_2000@yahoo.com

El piojo saltó sobre la cabeza rubia, estaba harto de la melena negra de su anterior vivienda y quería cambiar de ambiente.

Tras él y como siempre su pequeño hermano dio un brinco, aunque su poca práctica lo hizo casi fracasar, si no fuera por la habilidad del piojo grande para agarrarlo hubiera seguido por el aire cayendo vaya a saber a donde. Cuando lo tuvo entre sus patas lo recriminó por su inconsciencia. El piojito lloraba desconsolado disculpándose.

Caminaron durante un rato. Parece un campo de trigo, dijo maravillado el piojo grande. Uno se recrea los ojos con tanto brillo.

Si nos viera mamá, dijo el menor, que orgullosa se pondría. Luego comieron hasta saciarse el apetito. La alegría los hizo corretear en ese jardín dorado. Jugaron a la escondida. Treparon a los cabellos más altos y el pequeño se arrojaba desde un bucle como un tobogán improvisado.

La pequeña Lucy entraba a su clase de piano cuando noto por primera vez esa “molestia”. Era como un pequeño tironcito en la cabeza y luego la picazón. Una niña no debe rascarse en público, le decía siempre su mamá. Una señorita debe cuidar las formas. Así lo hizo y soportó estoicamente los embates de la creciente comezón.

Cuando tocó por décima vez “Para Elisa”, disimuladamente y mientras la imponente profesora de piano estaba distraída con sus partituras, se rascó desesperadamente su melena. Se compuso rápidamente cuando sus dedos, fruto de su actividad paralela, tocaron cualquier tecla y la profesora indignada gritó:

¡Atención, mi querida! ¡Atención, por favor! Todo tu espíritu en la música.

El dúo piojeril se estaba haciendo un festín. Llegaron a pensar muy seriamente si ese no sería el paraíso terrenal.

El primer manotazo de Lucy los hizo reaccionar. Las puntiagudas uñas de la niña se movían con enorme velocidad sobre el blanco cuero cabelludo. ¿Qué es eso?, gritó el pequeño abrazándose a su hermano. El mayor no llegó a contestarle porque un nuevo manotazo más violento los separó haciendo desaparecer al hermanito.

El piojo comenzó a buscarlo. En un principio sospechó que era una broma del diminuto, pero luego al ver que no estaba en los alrededores capilares su desesperación fue creciendo. Se aventuró a lugares poco frecuentes para un piojo común. Lo buscó en el laberinto de la oreja rosada de la almidonada Lucy y se sorprendió del brillo de sus aritos de brillantes. Recorrió exhaustivamente las cejas, que más que cejas parecían dos canteritos de un jardín japonés, primorosamente delineadas.

Mientras caía por el cartílago de la respingada nariz sintió latir fuertemente su corazón y cuando logró llegar a la comisura de los labios debió esconderse en uno de los agujeritos de las fosas nasales, tan sospechosos para él, al ver avanzar nuevamente un manotón.

En la caverna improvisada, temeroso tanto de salir como de penetrar aún más en ese misterioso túnel, se echó a llorar por la posible muerte de su querido hermano. Cuando logró reponerse miró hacia fuera y vio la figura de la imponente señorita Julia, profesora de piano, canto y solfeo, que indignada retaba a la pequeña por esa maldita costumbre que había adquirido de rascarse.

Los ojos del piojo se hicieron más grandes aún cuando divisó sobre las blondas carnes, que brotaban del escote de la desbordante dama, al pequeño perdido. ¡Está vivo!, gritó.

Tomando coraje se dirigió al labio superior y juntando todas sus fuerzas se arrojó al vacío cayendo, gracias a su pericia de piojo saltador, sobre los blancos pechos de la musical señorita.

La alegría fue enorme en el reencuentro. Además el cálido y mullido terreno los hizo revolcarse y jugar durante un largo rato.

La señorita Julia seguía solfeando en el aire las notas correctas hasta que su voz musical se convirtió en quejido y no pudo evitar salir del cuarto para rascar sus delicadas carnes en el tocador.

Volvió a la sala con un aire de calma interior y todo hubiera terminado bien si los ojos de la pequeña Lucy no hubieran visto nítidamente la figura de los intrusos haciendo alpinismo sobre los suntuosos senos.

Un grito que se escuchó más allá de tres cuerdas a la redonda le indicó a la señorita Julia la presencia de los veraneantes.

Las dos culpándose mutuamente de la desgracia se iban quitando la ropa y rascándose con furor. El pánico fue tal que sin darse cuenta atravesaron el umbral y corrieron despavoridas de la casa.

Por pudor no supieron explicar el motivo de su atentado a la moral pública y prefirieron soportar la afrenta de ser detenidas. Aunque gracias a las influencias de uno que otro obispo o comandante, salieron bajo fianza. Una por ser menor y la otra por ser una delicada y noble artista.

De los piojos nada se supo aunque según recuerdo por aquellos años los magistrados dejaron de usar sus pelucones ya que estos no les permitían rascarse disimuladamente la cabeza.

El siguiente texto esta registrado en el Registro de la Propiedad Intelectual de la República Argentina. Esta prohibida su reproducción sin solicitar autorización a su autor. Su publicación o difusión, sin el permiso correspondiente, lo hará pasible de una sanción económica y legal.

SANTIAGO SERRANO

Abril de 1985

santiagoms_2000@yahoo.com

